9192482992
risebiscuitsdonuts.com
@RiseDurham

July 3, 2014
11:05 AM

---

3 × Chicken Biscuit ($4.25 ea.)	**$12.75**
2 × White Cheddar Cheese ($1.00 ea.)	**$2.00**
Honey	**$0.75**
Potato Hash Cakes	**$2.00**
Water	**$0.50**
Biscuit	**$1.25**
Egg Scrambled	**$1.10**
American Cheese	**$0.75**
Chocolate Chocolate Cake	**$1.95**
16oz Coffee	**$2.00**
Glazed	**$0.95**
Subtotal	**$26.00**
Sales Tax	**$1.95**
Tip	**$5.59**
Total	**$33.54**
Visa 9644	**$33.54**

2

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EN LA CARA ESTA LA EDAD,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con cañas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde ménos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Júdas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mund[o]
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspe[d]
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alego[ría])
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

EN LA CARA ESTÁ LA EDAD,

PIEZA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JOSÉ DE OLONA.

Representada por primera vez la noche del dia 15 de Enero de 1859 en el teatro del Circo de esta córte.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

TRAJES.

PERICO. Sombrero de copa alta, algo puntiagudo: corbata encarnada: cuellos un poco altos: chaleco corto, de color, entallado y sujeto con un solo boton: levisac en buen uso, pero corto de mangas: deja ver por consiguiente los puños de la camisa: pantalon claro de calesero, ó sea estrecho de muslos y ancho de campana, con cordoncillo negro en las costuras de los costados, zapato de charol: guantes de algodon blanco.

LOLA. Primorosamente vestida, como una doncella de buena casa; pero sin lujo.

EULALIA. Peinado raro y algo abultado, con prendidos claros: traje rico, de color: miriñaque enorme.

ISABEL y FELIX. Trajes elegantes de mañana, que correspondan á la edad y á la posicion de ambos.

AMADEO. Peluca voluminosa, muy bien rizada en anillos y con la raya partida: patilla corta y teñida: pañuelo blanco al cuello: chaleco de color de mahon: pantalon oscuro de cuadros escoceses: frac antiguo: guantes morados. (El vientre algo pronunciado.)

JUAN. Media librea.

LOS CRIADOS. Levisacs.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA EULALIA, 56 años........	DOÑA FELIPA ORGAZ.
ISABEL, su hija..................	DOÑA CLOTILDE MATEO.
LOLA, su doncella..............	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DON AMADEO, 56 años..........	DON PEDRO SOBRADO.
FELIX, su hijo...................	DON RICARDO MORALES.
PERICO, su criado..............	DON MARIANO FERNANDEZ.
JUAN, lacayo.....................	DON JOSÉ LAPLANA.
DOS CRIADOS.	

La accion pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de estrado, ricamente amueblada Puertas á derecha é izquierda.[1] La de entrada en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, LOLA y CRIADOS.

Al levautarse el telon Juan y los Criados se ocupan de limpiar y arreglar los muebles y demás accesorios, como para una gran recepcion.

LOLA. (Entrando.) ¿Qué es esto? ¿Aun estamos así?

JUAN. ¡Digo!... ¿Le parece á usted poco todavia, cuando hemos tenido que revolver toda la casa?...

LOLA. Con tal de que no falte nada... Ya saben ustedes lo que la señora les han recomendado; y será tanto mas exigente, cuanto que quiere producir el mayor efecto posible.

JUAN. (Dejando el plumero y viniendo á ella.) ¡Hola!

LOLA. Como que se trata de una recepcion en toda regla.

CRIAD. 1.° (Dejando el plumero y viniendo á ella.) ¡Hola!

LOLA. Esperamos una sociedad numerosa, y sobre todo á cierto personaje... poderoso.

---

1 Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

CRIAD. 2.º (Dejando el plumero y viniendo á ella.) ¡Hola!

JUAN. ¡Un poderoso personaje!... Veamos, Lolita, usted debe saberlo todo. En su calidad de doncella de confianza...

LOLA. ¡Es usted muy curioso!

JUAN. ¿Yo? ¿un lacayo?

LOLA. Pero ha dado usted conmigo, que soy pintiparada para guardar un secreto.

JUAN. ¡Sin duda!—Pero como al fin y al cabo lo hemos de saber...

LOLA. Es verdad...

JUAN. ¡Claro! Y luego... como nosotros somos unos chicos muy callados...

LOLA. Tambien es verdad.

JUAN. ¡Pues! Y entre compañeros...

LOLA. ¿Es decir que se empeñan ustedes en saber por qué nuestra ama doña Eulalia interrumpe de pronto su luto y se entrega á los preparativos de una fiesta? ¿por qué desde hace dos dias no cesamos de limpiar, de adornar las habitaciones, de dorar los muebles, etc., etc.?

JUAN. Cabal.

LOLA. Pues, señor, es todo una historia. (Á Juan.) Si fuera usted mas galante, ya me hubiera ofrecido una silla.

JUAN. (Presentándosela.) Siéntese usted. (Lola se sienta: los tres criados la rodean.)

LOLA. (Despues de haber tosido y preparádose para una peroracion.) Érase el año dos.

JUAN. ¡Aprieta!

LOLA. Ó para mayor inteligencia, el año de gracia mil ochocientos dos.

JUAN. Esto es, hace cincuenta y seis primaveras.

LOLA. Justo. (Continuando.) En la villa y córte de Madrid, en la misma casa, el mismo dia, y acaso tambien á la misma hora, nacieron dos criaturas de diferente sexo...

JUAN. Una hembra...

LOLA. (Concluyendo la frase y con intencion.) Y un macho.—Como usted no se calle, no habrá medio de continuar.

JUAN. ¡Pero, hija... si nos está usted contando la historia de

nuestros primeros padres!

LOLA. (Continuando.) Estos interesantes vástagos de dos antiguas familias, tuvieron por nombre Amadeo y Eulalia.

JUAN. ¡Eulalia!... ¿Que es el ama, sin duda?

LOLA. La misma. Ambos crecieron juntos y se amaron desde la infancia. Parecia que nada debia oponerse á la union de dos corazones tan bien dispuestos el uno para el otro. Pero la novela tomó un aspecto dramático en el momento en que iba á desenlazarse.

JUAN. Empiezo á enternecerme.

LOLA. El jóven Amadeo fué enviado á la India, para entrar en posesion de una gran herencia; y como esta herencia fué disputada por una parienta, heredera en el mismo grado que él, no se halló otro medio de evitar un pleito ruinoso que el de unir en matrimonio á los dos aspirantes. El infortunado Amadeo se inmoló, pues, á la voluntad paterna, y dió á su prima un corazon desgarrado por el dolor. Este odioso himeneo, lo hizo, en fin, poseeder de una linda esposa y de una fortuna inmensa.

JUAN. ¡Pobrecito!

LOLA. En cuanto á la interesante Eulalia, su pena fué igual á la de su amante: inconsolable y próxima á sucumbir á tanta amargura... halló, sin embargo, la resignacion bastante para casarse con un elevado personaje de la córte. (Se levanta.)

JUAN. Me parece bien: pero eso no nos explica hasta ahora...

LOLA. Tenga usted paciencia... ¡como ellos, ¡ay! la tuvieron durante cuarenta años'... cuarenta años sin dejar de pensar Amadeo en Eulalia, y Eulalia en Amadeo; hasta que al fin, compadecido Dios de estos nuevos amantes de Teruel, se dignó llamar á su lado...

JUAN. ¿Á los esposos que servian de obstáculo?

LOLA. Precisamente. Y aquí de la poesia:

En éxtasis de amor puro
ambos niños se mecieron,
y al separse, «¡te juro
eterno amor!» se dijeron.

Hoy ¡modelos de constancia!
dicen sin tomar consejo
«¡amor puro de la infancia
has crecido... no eres viejo!»

JUAN. ¿De lo que resulta que tendremos una boda en casa?

LOLA. Mejor que eso: ¡dos bodas! porque he olvidado decir á usted, que don Amadeo tiene un hijo, de la misma edad que nuestra señorita, poco mas ó menos; y que son, segun parece, los retratos en jóven de estos dos viejos enamorados. Resulta de esta combinacion providencial, que ambos papás han decidido...

JUAN. ¿Unirlos tambien en eterno lazo? (Á los criados.) ¡Cáspita! ¿Si será una mania y se empeñarán en que carguemos todos con la cruz?

LOLA. ¡Descortés! Pero silencio: oigo llegar á doña Eulalia.

LOS TRES, (Asustados, y moviéndose á un lado y á otro.) ¡Doña Eulalia!...

LOLA. ¡Pronto! Cada uno á su puesto. (Los tres criados vánse corriendo por el fondo. Lola se retira á un extremo del teatro. Doña Eulalia é Isabel salen por la puerta izquierda.)

ESCENA II.

DOÑA EULALIA, ISABEL y LOLA.

EUL. (Saliendo y pasando á la derecha.) Le digo á usted, señorita, que se casará usted con él.

ISAB. Y yo, mamá, con todo el respeto que debo á sus canas...

EUL. (Picada y volviendo á ella de repente.) ¿Eh?

ISAB. Le repito que no me casaré con semejante hombre.

EUL. ¿Pero háse visto igual desfachatez? ¿Resistir de ese modo á mi voluntad?

SAB. ¿Por qué se empeña usted en violentar mis sentimientos?

EUL. ¡Abusar hasta ese punto de mi paciencia!

ISAB. Como usted de mi sumision.

EUL. ¡Basta! ¡Su sumision!... No hay duda que... (Acercándose á ella mas tranquila.) Pero si aun no conoces, desdichada,

al que rehusas de esa suerte: estoy segura de que cuando veas á don Félix...

ISAB. Yo no quiero verlo.

EUL. Un jóven de bella figura, amable, elegante, con talento... en una palabra, el vivo retrato de su padre.

ISAB. Usted no le conoce.

EUL. Pero me fio en los informes de Amadeo... ¡oh! Amadeo no engaña.

ISAB. Pues me parece que con todas esas cualidades que usted acaba de enumerar, no le faltarán al señor don Félix muy buenos partidos: que elija entre ellos y que me deje á mí en paz.—Vamos, mamá... yo se lo ruego... Sea usted razonable.

EUL. ¡No! Lo he decidido, y te casarás con don Félix.

ISAB. (En el mismo tono de súplica.) ¡Pero si hasta su nombre me es antipático! Ademas, todavia soy muy jóven para casarme.

EUL. ¿Muy jóven?.,. ¡y tienes veinte años! Á esa edad ya empieza á ser un poco tarde para pensar en el matrimonio.

ISAB. Pues usted, mamá, bien piensa en él y tiene cincuenta y seis...

EUL. ¡Es falso! Ademas, yo no me caso... sino me *recaso*, lo cual es muy distinto.

ISAB. ¿Pero no pnede usted hacerlo, sin obligarme á que yo?...

EUL. Concluyamos. Amadeo lo desea... y eso basta.

ISAB. Pues yo le juro á don Amadeo, que nunca consentiré en esa union.

EUL. Lo veremos. Y cuidado conmigo, si te empeñas en desobedecerme.

ISAB. Antes prefiero meterme en un convento... morirme entre cuatro paredes.

EUL. ¡Ah!... ¡lo tomas por ese lado! (Ap.) (¡Y yo que me habia propuesto dominar hoy mis emociones!) (Alto.) Por última vez te lo repito, óyelo bien: serás la esposa de don Félix, tan seguro como yo lo seré de don Amadeo. Piense usted en ello... y prepárese usted á obedecerme.

(Se dirige á la izquierda.)

ISAB. (Siguiéndola suplicante.) ¡Por Dios, mamá.... por Dios!

EUL. Quítese usted de mi vista. (Desaparece.)

ESCENA III.

ISABEL y LOLA.

ISAB. (Mirando á Lola, y despues de un silencio.) ¿Y bien, Lola?

LOLA. ¿Y bien, señorita?

ISAB. ¿Qué dices á esto?

LOLA. ¿Yo? Que casi soy de la opinion de la señora, y que en su lugar de usted...

ISAB. ¡Oh!... en mi lugar, harias como yo; no te casarias con un hombre á quien no hubieses visto nunca.

LOLA. Segun y conforme: si me lo daban con garantias... Y son tan buenos los informes que tenemos de don Félix...

ISAB. Un petulante, falto de corazon y de... ¡Aceptar mi mano sin conocerme! Esto solo basta para juzgarlo. Ademas... no sé por qué, pero detesto el matrimonio.

LOLA. ¡Válgame Dios! No diga usted semejante cosa. Pues si no hay nada mejor.

ISAB. Se conoce que estás enamorada.

LOLA. ¡Ay! no señora, pero le juro á usted que quisiera encontrar pronto mi media naranja.

ISAB. Pues en cuanto á mí... tal vez, porque hasta ahora no he amado á ningun hombre... te aseguro...

LOLA. ¡Si usted supiera qué gancho tienen, señorita! ¡Sobre todo, cuando la miran á una echándola el resto!...

ISAB. Escucha, Lola; si como me has dicho varias veces, estás dispuesta á servirme en todo y por todo, en vez de unirte á mis perseguidores, ayúdame á escapar del peligro que me amenaza.

LOLA. Sí... pero eso no es fácil... sobre todo, quedándonos tan poco tiempo...

ISAB. Arréglate como quieras. Yo me fio á tu ingenio, y estoy segura del resultado. Busca, inventa... y si lo consigues

te regalo cien duros en el acto.

LOLA. (Abriendo tanto ojo.) ¡Eh!

ISAB. Todos mis ahorros. ¿Estamos convenidas?

LOLA. La quiero á usted demasiado para negarme; pero reflexione usted que don Amadeo y su hijo deben llegar de un momento á otro.

ISAB. Óyelo bien: cien duros, si encuentras medio de impedir ese matrimonio.

LOLA. ¡Demasiado lo he oido! ¿Pero cómo hacer?...

ISAB. Eso es cuenta tuya. (Dirigiéndose á la izquierda.) Cien duros, Lola, cien duros... y mi gratitud. (Desaparece.)

ESCENA IV.

LOLA sola.

Estoy por lo primero. Cien duros es un buen cimiento para una dote... y yo que no detesto el matrimonio como la señorita Isabel... Pero vuelta á mi tema, ¿cómo hacer para ganar esa suma? Doña Eulalia no querrá ni siquiera escucharme, y á menos de una inspiracion divina...

PERICO. (Dentro) ¡Hola!... ¡No hay nadie en esta casa!

LOLA. ¿Qué voces son esas?

ESCENA V.

LOLA y PERICO.

PERICO. (Entrando sin reparar en Lola.) Pues señor... ¡ni moscas! ¡Vaya un modo de resibir la gente. (En dialecto andaluz, ligeramente marcado.)

LOLA. (Presentándose.) Caballero...

PERICO. (Ap.) ¡Ole! ¡Ya hiso efecto mi fraque! (La saluda.)

LOLA. ¿Se puede saber?...

PERICO. ¿Doña Eulalia Quiñones de Fuenterrabia?...

LOLA. Aquí es.

PERICO. Pues aquí estamos tós.

LOLA. ¿Cómo?

PERICO. Eche usté la visual sobre esta persona... pero sin mirar los fardones.

LOLA. (Ap.) ¡Vaya un original!

PERICO. ¿No le ha dicho á usté ya su pechito que he nasio en el barrio de la Viña?

LOLA. Como usted no se explique mas claro...

PERICO. Vamos por partes. Aquí donde usté me vé, soy embajador *ordinario*, y algo extraordinario, de mi amo don Amadeo del Saco. (Requebrándola por lo bajo.) Así nos metieron á los dos en uno... para escarmiento de pícaros. (Transicion.) ¡Por vida de los cuellos! (Moviendo la cabeza como á quien le estorban.)

LOLA. ¡Es posible! ¿Don Amadeo?... ¿Y usted dice que es...

PERICO. Los pies y las manos de sus señorias, peasito de cielo. Perico es mi nombre de pila... pero las buenas mosas me dan otro cuando hemos intimao. Ya se lo enseñaré á usté mas tarde.

LOLA. ¡Eh!

PERICO. Por de pronto puede usté llamarme Caliá.

LOLA. ¿Pero qué diablo de gerigonza está usted ahí armando?

PERICO. Vamos á lo firme. ¿Se puede ver á mi señora doña Eulalia?

LOLA. Está en el tocador.

PERICO. ¡Pues buena estará con sus cincuenta y seis abriles!

LOLA. Los mismos que cuenta su amo de usted.

PERICO. ¡No... es que él tambien está bueno!

LOLA. ¿Y dice usted que ha venido?

PERICO. Andando.

LOLA. ¡Andando!... ¿desde la India?

PERICO. No, hija... ¿se cree usted que es una gaviota? Andando, quiere decir en español que sí. (Ap.) (¡Señor!... ¿qué lengua se habla en Madrid entonces?)

LOLA. ¿Y su hijo don Félix?

PERICO. (Con gravedad.) Eche usté tierra.

LOLA. ¿Cómo?

PERICO. Es un asunto delicao el hablar de don Félix.

LOLA. ¿Por qué? ¿Acaso se ha quedado por allá?

PERICO. Al contrario.. ha llegado antes que su padre. Como es un chaval... pues... la gente jóven...

LOLA. Son impacientes cuando se trata de asuntos de amor.

PERICO. (Requebrándola.) ¡Jhay! (Continuando.) ¿No me ha entendido usté?

LOLA. ¿Pues qué es entonces?

PERICO. ¿No está usted todavia al cabo de la calle?

LOLA. Pero si no hay medio de entenderle á usted una palabra.

PERICO. (Con intencion y galanteria.) Pues ello es preciso que nos entendamos.

LOLA. (Con coqueteria.) ¿De veritas?

PERICO.
¡Válgame Dios, salero!
¿qué garabato
tiene usté en los ojos
que me ha enganchao?
¿Qué boca es esa?
Perdision de cristianos,
cársel de perlas.

LOLA.
No hablamos de mis ojos
ni de mi boca,
de don Félix hablamos...
No sea usted posma.

PERICO.
¡Jhay... maresita!
¡si yo fuera ermitaño
y usted la ermita!...

LOLA.
Al caso.

PERICO.
Voy al caso.
Sea usté muy franca:
¿qué prefiere usté mas,
moños... ó plata?...

LOLA.
Yo... ¡Me sonroja!... (Fingiendo cortedad.)

PERICO.
Vamos... (Animándola.)

LOLA.
(Lo mismo que antes.) Pues me decido...
por las dos cosas. (Con desparpajo.)

PERICO. ¡Ole! ¿Vé usté cómo hemos empesao á entendernos?

LOLA. ¡Claro! Cuando se me habla con razones...

PERICO. Al asunto.—Yo tengo una empresa de calabazas: ¿quiére usté tomar la mitad de las acciones?

LOLA. ¿*De calabazas*? Pues si justamente es mi negocio.—¿Capital?

PERICO. Doscientos duros en monea corriente.

LOLA. El doble de lo que á mí se me ofrecido.

PERICO. Partiremos el total.

LOLA. Convenidos. ¿Qué hay que hacer?

PERICO. Empiese usté por comprar cuatro piesas de paño negro para vestir de luto tós los cacharros de la cosina.

LOLA. ¡Eh!

PERICO. Dé usté por perdido el regalo que espera en la boda de don Félix...

LOLA. ¿Cómo?

PERICO. (Concluyendo.) Y échese usté á soñar desde esta noche con esta persona. (Ap.) (¡Por vida de los cuellos!) (Movimiento de cabeza.)

LOLA. Pero explíquese usted.

PERICO. Ná... hija, ná: ¡desgracias que les pasan á las mujeres, Mi señorito está muy apurao: ¿pero qué se ha de hacer? Él cree que el matrimonio es un nuo escurridijo...

LOLA. (Con ansiedad.) ¿Y no quiere casarse con la señorita Isabel?

PERICO. Dió usté en el clavo.

LOLA. (Soltando la carcajada.) ¡Já! ¡já! ¡já!...

PERICO. No llore usté por eso, criatura.

LOLA. ¡Já! ¡já! ¡já!

PERICO. ¡Calle! ¿Se rie usté?

LOLA. Y para que deshaga ese matrimonio, ¿le han ofrecido á usted doscientos duros?

PERICO. ¡Ahjáa! (Apoyando.)

LOLA. Pues, señor Perico...

PERICO. (Interrumpiéndola.) Llámeme usté Caliá.

LOLA. (Continuando.) Hace un momento aquí, en este mismo sitio, me han ofrecido ciento, si logro que la boda no se lleve á efecto.

PERICO. ¡Eh! (En extremo sorprendido.)

LOLA. Mi mas ni menos, señor don Perico.

PERICO. (Insistiendo.) ¡Caliá! No haga usté caso de las tirillas.

LOLA. ¿Qué dice usted á eso?

PERICO. Que ya tenemos el dinero en el bolsillo.—Sabe usté, mosa buena, que mientras mas reparo en ese cuerpesito de asucar, mas me voy derritiendo por sus peasos?

LOLA. ¿Y sabe usted, señor andaluz, que desde que entró por esa puerta, me pareció un mozo de buenas prendas?

PERICO. Y eso que no me ha visto usted todavia con mi marseyé.

LOLA. En fin, no nos entretengamos ahora con galanterias, y vamos á lo que interesa.

PERICO. Vamos á donde usted quiera.

LOLA. ¿Dónde está don Félix?

PERICO. En la calle. ¿Y la señorita?

LOLA. En su cuarto. Voy al punto á buscarla.

PERICO. Y yo á llamarlo desde aquí. (Se asoma al balcon que hay en el primer bastidor de la derecha, y hace señas para que suba don Félix.)

LOLA. Provoquemos una entrevista.

PERICO. Provoquemos lo que usté quiera.

LOLA. Mucha seriedad sobre todo.

PERICO. ¡Mucho sentio!

LOLA. Hasta la vista. (Da media uuelta con mucho aire para marcharse.)

PERICO. (Echándose hácia atrás las solapas del levisac y poniéndose el sombrero en la coronilla.) ¡Huyuyuy!... ¡que me ha enseñao usté un piesesito como un boqueron!

LOLA. (Lisonjeada y con gracejo.) ¿De verdad? (Recordando lo del marseyé.) Pues si lo viera usted con zapato de charol... (Váse sonriendo y vivamente por la izquierda.)

PERICO. (Requebrándola.) Juy!... (Para sí.) Se acabó... en viendo una mujer que me tuerce el josico, se me bambolean hasta los nervios de las orejas. Pero oigo pasos. (Va al fondo.) Ya tenemos al morito en campaña.

ESCENA VI.

PERICO y FÉLIX.

FELIX. (Apareciendo y deteniéndose en el fondo. En voz baja.) ¿Y bien?... ¿qué hay?...

PERICO. Me debe usté doscientos duros.

FELIX. (Entrando.) ¿Qué dices?

PERICO. Que todo está ya arreglao.

FELIX. ¡Es posible! (Con alegria.)

PERICO. (Con importancia.) ¡En tomando yo un asunto por mi cuenta!...

FELIX. ¡Ay! ¡Perico de mi alma!... ¿Y cómo has podido conseguir?..

PERICO. De una manera muy sencilla?—Doña Isabel lo aborece á usté con tós sus sinco sentios.

FELIX. (Sorprendido.) ¡Eh!

PERICO. (Continuando.) Y no quiere oir hablar de matrimonio.

FELIX. (Picado.) ¡Sin haberme visto siquiera!

PERICO. Lo mismo que usté. Si cuando Dios no quiere que se junten dos personas...

FELIX. Sí.... pero yo, es diferente... No se desaira así á un hombre... Apuesto que es fea.

PERICO. Por supuesto.

FELIX. Y tonta.

PERICO. Y coqueta.

FELIX. Y desabrida.

PERICO. Aquí la tiene usté.

FELIX. ¿Cómo? (Isabel y Lola aparecen á la puerta de la izquierda.)

PERICO. (Bajo á Félix.) Suéltele usté una toná en toa regla... y en seguida presentamos la dimision.

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL y LOLA.

LOLA. (Ap. á Isabel.) ¡Ánimo! ambos conocen ustedes ya sus mútuos sentimientos.

ISAB. (Bajo á Lola.) Verás que no me quedo corta.

PERICO. (Bajo á Félix.) ¡Á ella!

FELIX. (Bajo á Perico.) Ya verás qué leccion. (Separándose de Perico y yendo á saludar á Isabel.) Señorita...

ISAB. Caballero... (Los dos se han mirado á un mismo tiempo, y han sentido el uno por el otro la misma favorable impresion.)

FELIX. (Ap.) ¡Cáspita! ¡Pues si es muy linda!

ISAB. (Ap.) ¡Pues es mucho mejor de lo que yo creia!

PERICO. (Bajo á Félix.) Largue usté el primer cañonazo.

FELIX. (Para sí, queriendo llevar á cabo su plan.) Sí... sí... ¡Venganza!...

LOLA. (Bajo á Isabel.) No deje usted enfriar la conversacion.

ISAB. (Bajo á Lola.) Sí, como es tan animada...

FELIX. (Á Isabel.) ¿Su mamá de usted, señorita?...

ISAB. Mil gracias. Supongo que su papá...

FELIX. Me alegro infinito. (Momentos de silencio; Isabel y Félix se echan algunas miradas con disimulo.)

PERICO. (Ap.) ¡Canario!... ¡Si nos iremos á morir! (Bajo á Félix.) Señorito... hable usted por Dios... mire usted que si no, va usted á dar con la cabesa en una parroquia.

FELIX. (Bajo á Perico.) ¿Querrás creer que ahora no me atrevo?...

LOLA. (Bajo á Isabel.) ¡Ánimo!

ISAB. (Bajo á Lola.) No te se figura una groseria...

PERICO. (Bajo á Félix.) ¿Quiere usted darme sus poderes? (Félix vacila; Perico interpreta su silencio por la afirmativa.) Déjemela usté. (Pasa por delante de Félix, y saluda á Isabel. Tose.) ¡Ajham! (Señalando á Félix.) Aquí ve usté un hombre, señorita, que si tuviera un incensario, se estaria echándole á usté sahumerio hasta el juisio final. Pero como tó no es arrope en este mundo... su mercé, que no quiere hacerla á usté desgraciá, viene con el corazon partio, para que le dé usté su licencia absoluta.

FELIX. (Bajo. Cogiéndole del brazo y haciéndole pasar á su derecha.) ¡Menguado!

PERICO. (Bajo á Felix.) Hágalo usté mejor.

FELIX. (Á Isabel.) Debo excusarme con usted, señorita, de un proceder, que calificará sin duda...

LOLA. (Adelantándose.) De muy natural, caballero.

FELIX. ¡Eh!

ISAB. (Bajo á Lola.) ¡Lola!...

LOLA. (Bajo á Isabel.) Déjeme usted contestarle. (Á Felix.) Usted es sin duda una persona sumamente simpática, señor don Félix: omito por ahora mi opinion respecto á ese encorbatinado personaje. (Señalando á Perico.)

PERICO. (Ap. Picado de amor propio.) ¡Por vida de los cuellos!

LOLA. (Continuando.) Pero la felicidad de nuestro prójimo, como la nuestra misma, es para nosotras tan querida, que, antes de su demanda, ya habiamos extendido y le acordamos á usted por el presente, su licencia absoluta.

FELIX. ¡Cielos!

ISAB. (Bajo á Lola en tono de reconvencion.) ¡Aparta!...

PERICO. (Bajo á Félix.) ¡Aleluya!

LOLA. (Ap. Mirando á Isabel y adivinando sus sentimientos.) ¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! (Le hace señas á Perico, y los dos van á cuchichear al fondo.)

ISAB. Permítame usted, señor don Félix...

FELIX. (Interrumpiéndola.) Permítame usted antes, señorita, que me disculpe de una falta grave. . que yo no he cometido seguramente, pero que la imprudencia de mi criado hace pesar sobre mí, sin embargo.

ISAB. Mi doncella se ha servido de expresiones... que yo no me perdonaria nunca, si hubieran nacido de mí...

FELIX. ¿Pero que sin duda en la esencia responden á sus sentimientos?

ISAB. ¿Es que su criado de usted ha interpretado los que á usted le animan?

FELIX. (Vivamente.) ¡Oh!... ¡no señora! Al contrario. Pero como usted me aborrece de muerte...

ISAB. Yo no he dicho semejante cosa.

FELIX. ¡No me ha licenciado usted sin haberme visto siquiera!

ISAB. ¡No me ha desdeñado usted sin conocerme!

FELIX. (Picado.) Un desprecio igual.

ISAB. (Id.) Un desaire semejante.

FELIX. (Saludándola para marcharse, con respeto y seriedad.) ¡Seño-

rita!...

ISAB. (Id.) ¡Caballero! (Félix da algunos pasos hácia el fondo, Isabel hácia la izquierda. Gesto de satisfaccion de los dos criados.)

FELIX. (Á Isabel, deteniéndose.) ¿Decia usted?...

ISAB. (Á Félix, deteniéndose.) ¡Eh!...

FELIX. No... nada... creí...

ISAB. ¿Qué? (Los dos vienen vivamente á unirse en el proscenio.)

FELIX. (Con tono de reconciliacion.) Que ni usted ni yo tenemos derecho de quejarnos, y que el mismo motivo que inspiró nuestra sinrazon, nos sirve á la vez de disculpa.

ISAB. ¿De disculpa?

FELIX. ¡Sin duda! nos hemos destestado... preventivamente.

ISAB. Es verdad.

FELIX. Nos hemos odiado... por simpatia.

ISAB. ¿Usted cree segun eso?... (Desde aquí á media voz, hasta la exclamacion de Perico.)

FELIX. Yo creo que si usted no me guardase rencor.

ISAB. ¿Me tiene usted por rencorosa?

FELIX. ¿Qué piensa usted ahora del proyecto de nuestros padres?

ISAB. ¿Yo?... Que no lo encuentro tan descabellado. ¿Y usted?

FELIX. Que por nada en el mundo renunciaria... ¡La voluntad de un padre es sagrada!

ISAB. Como la de una madre, ¿no es cierto?

FELIX. ¡La de una madre sobre todo! ¿Y si usted me permitiese esperar?...

ISAB. Yo... don Félix...

FELIX. Dígame usted que sí... ó soy capaz de hacer un disparate.

ISAB. Pero...

FELIX. (Con ansiedad.) ¿Sí? (Isabel no se atreve á contestarle y mueve graciosamente la cabeza en señal afirmativa. Félix cae á sus pies.) ¡Isabel!...

PERICO. (Que lo ha estado observando, exclama con estrépito.) ¡Cataplum! (Félix se incorpora.)

ISAB. ¡Ah!

PERICO. (Á Lola con despecho.) Ya nos quedamos sin un cuarto.

FELIX. ¡Perico! (En tono de reconvencion.)

LOLA. ¡Nos han arruinado!

ISAB. ¡Lola! (En tono de reconvencion.)

FELIX. ¿Cómo? (Yendo á Lola.)

PERICO. (Á Felix.) ¡La verdá! La señorita le habia ofresio sien duros, si lograba deshaser la boda.

FELIX. ¡Eh! (Picado y yendo á Isabel.)

ISAB. (Ap.) ¡Ay! (Volviéndose de espaldas.)

LOLA. (Á Félix.) Como usted doscientos á su criado con el mismo objeto.

ISAB. ¡Eh! (Picada y volviéndose á Félix.)

FELIX. (Ap.) ¡Ay! (Volviéndole la espalda. Ambos movimientos muy rápidos.)

ISAB. (En tono de reconvencion.) ¿Conque usted habia ofrecido doscientos duros?... (De pronto, soltando la carcajada.) ¡Jha!... ¡Jha!... ¡Jha!...

FELIX. (Id.) ¡Jha!... ¡Jha!... ¡Jha!...

PERICO. ¡Y se rien! (Está cerca de un sillon.)

FELIX. (Á Isabel.) No volvamos á acordarnos de semejante cosa.

PERICO. ¡Ay! (Cayendo en el sillon como desmayado.)

ISAB. Olvidémoslo todo por completo.

LOLA. (Que está en el otro lado, cae tambien en un sillon.) ¡Ay! (Los dos jóvenes no se han apercibido de las exclamaciones de sus criados.)

FELIX. Excepto la gratificacion.

PERICO. (Dando un salto de alegria.) ¡Ay!

ISAB. Yo doblo la suma.

LOLA. (Levantándose con viveza.) ¡Señorita!

FELIX. Yo la triplico.

PERICO. ¡Señor!... ¡mande usted por Dios que me pongan sanguijuelas! ¡seiscientos duros!

ISAB. Lola, acompáñame á mi habitacion.

LOLA. Entiendo: vamos á ponernos de veinticinco alfileres.

FELIX. Perico, volvámonos al instante á la fonda.

PERICO. ¡Que si quieres! Conque me han vestio de papagayo para anunciar la venida del profeta, y me iré sin haber

visto á doña Eulalia. (Da algunos pasos hácia el fondo contoneándose.)

FELIX. (Á Isabel.) Volveré dentro de un instante.

ISAB. No se haga usted esperar.

LOLA. (Pasando entre Félix é Isabel.) Oigo toser á la señora. (Isabel da un paso hácia la izquierda, Lola la sigue; Félix va hácia el fondo, por su derecha; Perico baja dando una vuelta en redondo con suma viveza, de modo que los faldones del levisac floten al aire. Todos estos movimientos á un tiempo.)

PERICO. ¡Pues aquí estoy yo! (Queda en primar término.)

FELIX. (Á Isabel.) ¡Adios!

ISAB. ¡Adios! (Isabel y Lola vánse vivamente por la segunda puerta de la izquierda, Félix por el fondo.)

ESCENA VIII.

PERICO y DOÑA EULALIA.

PERICO. Ahora entro yo con mi embajá.

EUL. (Deteniéndose en la puerta al ver á Perico.) ¡Eh!

PERICO. (Saludándola.) ¡Señora!...

EUL. (Ap.) (¿Quién es este facha?)

PERICO. (Ap.) (Contemplándola.) ¡Lo que es el gusto, hombre, ¡lo que es el gusto!

EUL. ¿Puedo saber, caballero?...

PERICO. (Saludándola mas profundamente.) ¡Señora!... (Ap.) (Parece una escampavia.)

EUL. (Ap.) (¡Si será un ladron!)

PERICO. Cumplimientos á un lao. Tos estamos buenos... Yo soy el criao de don Amadeo.

EUL. (Llevándose la mano al corazon.) ¡Ay!

PERICO. ¿Se le ha roto á alguna clavícula?

EUL. ¿Conque usted es?...

PERICO. Perico Sarmiento, por la grasia de Dios.

EUL. ¿Es usted andaluz?

PERICO. No, señora, manchego.

EUL. ¿Y dice usted que don Amadeo?...

PERICO. Deshaciéndose vivo por venir á recoger esos chorreonsitos de grasia. Le está á usted llorando el ojo izquierdo.

EUL. La emocion... la...

PERICO. Sí... claro... (Requebrándola.) ¡Jhay! (Eulalia da un paso hácia atrás.) ¡Cuando el amo la vea á usté con esa papalina!...

EUL. (Lisonjeada.) Es usted un tunante.

PERICO. ¡Quiá!... Cuando le digo á usté que su mersé está por las cofias.

EUL. (Alarmada.) ¿Eh? ¿Le conoce usted algun trapicheo?...

PERICO. ¿Quiere usté callarse? El amo no piensa mas que en usté. ¡Vaya!... ¡la tiene á usté mas presente!... Siempre me está hablando de usté; se acuerda de su vos, de su pelo, de su cara... y la verdá es que usté no ha cambiao.

EUL. (Lisonjeada.) ¿Cómo?

PERICO. Yo no la habia visto á usté en mi via; pero ná mas que por el retrato que me habia hecho el amo, dije en cuanto asomó usté la jeta... ¡ahí está!

EUL. ¡Amadeo!... ¡caro Amadeo! ¿Y cómo es que aun no ha venido á verme?

PERICO. Señora... las cosas en regla. Como el amo ha vivio cuarenta años en la India...

EUL. (Suspira levemente.) ¡Ay!

PERICO. (Continuando.) Allí se acostumbra, cuando un hombre vuelve al lado de su prenda, enviar por delante un trompetero de uniforme... y por eso me ha enviao á mí. No me está usté viendo... ¡que no me falta mas que la trompeta!

EUL. ¿Pero usted cree que vendrá pronto?

PERICO. ¡Vaya! en cuantico se haya asicalao. Como su mersé tiene los tufos algo virulentos...

EUL. ¡Oh!... sí, ¡la cabellera de un ángel!

PERICO. ¡Cabal! de un ángel... un poco sofocao.

EUL. ¿Qué necesidad tiene él de adornos? ¿No es siempre el mismo?... Porque no ha cambiado, ¿no es cierto?...

PERICO. Le diré á usté... Mi memoria no alcansa lo bastante... Pero á mí se me figura que su mersé no ha cambiao, esta es la verdá.

EUL. Ya me lo decia mi corazon. ¿Tiene siempre aquella cabeza tan distinguida?

PERICO. (Vivamente.) ¡Eso sí! Su mersé ha conservao siempre la misma cabesa.

EUL. ¿Y aquellos ojos?

PERICO. ¡Los mismos! ¡Si le digo á usté!...

Y el pecho, y el corason,
y tos sus sinco sentios,
y aquel aire paqueton...
y en fin, hasta los jipios
del querer... y hasta el baston.
Los años que Dios le dá
los cuenta por primaveras,
y así el amo, en realidá,
entre bromas y entre veras,
está en la flor de su edá.

EUL. Sabe usted, señor Sarmiento, que despues del retrato que acaba de hacerme de mi caro Amadeo, temo... ¿qué quiere usted? temo no ser ya digna de él!

PERICO. ¡Quiá!... lo que es por oso no tenga usté cuidao: los dos corren ustés pareja.

EUL. ¿De veras? Yo temia que mi belleza...

PERICO. ¡Quiere usté callarse! Una bellesa... que puede presentar su hoja de servicios... ¡Pues hombre!... Desengáñese usté; una cara como esa no tiene ná que temer de las injurias del tiempo...

EUL. Es usted muy indulgente y muy amable.

PERICO. (Con galanteria fingida y casi á media voz.) Y muy saragatero cuando llega el caso. Ya la estoy á usté viendo con el tontillo y el gorro de plumas... (Requebrándola.) ¡Juy!... (Con sentimiento fingido.) Que yo no la vea á usté... ó me pierdo.

EUL. (Tiernamente alarmada.) ¿Cómo?

PERICO. (Como celoso.) Que yo no le vea á usté... ó me presento en la boda con un rejoncillo.

EUL. ¡Sarmiento! Usted es andaluz.

PERICO. ¡Cuando le digo á usté que soy Vitigudino!

EUL. Entonces. . se ve que ha estudiado usted al lado de Amadeo. Es usted muy galante... y muy fogoso.—¡Pero cuánto tarda en llegar! ¡Tengo tanta impaciencia!... Si quisiera usted ir en su busca...

PERICO. Volando.

EUL. (Sintiéndose afectada por tantas emociones.) Á la verdad... no sé... pero tantas emociones continuadas... ¡Sarmiento!... yo creo que me voy á desmayar.

PERICO ¡Ay, señora! Si pudiera usté dejarlo pa luego...

EUL. Sí... sí... tiene usted razon... Procuraré dominarme. No se detenga usted. Yo mientras trataré de reparar este desórden... La misma alegria... la sorpresa... ¡Ay, Dios mio! Si Amadeo llegara á encontrarme cambiada...

PERICO. ¡Pues si tiene usté una cara!... (Ap) de papel de estrasa. (Alto.) Conque... voy en busca de mi amo.

EUL. Sí, eso es; y yo mientras á mi tocador.

PERICO. (Yendo hácia el fondo.) Pues hasta luego. (Eulalia va hácia la primera puerta de la izquierda. Perico se detiene de pronto y viene al lado de Eulalia. Á media voz.) Póngase usté un lunar en semejante sitio. (Señalándole junto á la nariz.)

EUL. ¿Cree usted?...

PERICO. No le falta á usted mas que eso. Vuelvo en seguida. (Va hácia el fondo.)

EUL. Por esa otra puerta acortará usted camino. (Señalándole la de la derecha. Perico váse por ella.) No deje usted de avisarme... (Entra en su cuarto.)

ESCENA IX.

LOLA y JUAN.

LOLA. (Saliendo.) ¡Estos enamorados!... Empeñada en que don Félix ha de estar ya de vuelta. (Juan aparece.) Á propósito... (Á Juan.) ¿Ha venido por casualidad un caballero?..

JUAN. Justamente iba yo á anunciarle á la señora...

LOLA. ¿Te ha dicho su nombre?

JUAN. No, pero me ha dado su tarjeta.

LOLA. Á ver... (Juan se la da. Lola lee.) ¡Don Amadeo!

JUAN. ¡El novio!

LOLA. ¡Justo!

JUAN. (Contrariado.) ¡Y yo que le hecho esperar como si fuese un cualquiera!

LOLA. Hágale usted entrar en esta sala.

JUAN. Al instante.

LOLA. Yo me encargo de pasar recado á la señora.

JUAN. ¡Bestia de mí!... (Váse por el fondo.)

LOLA. Pero antes prevengamos á la señorita. (Váse.)

ESCENA X.

D. AMADEO y JUAN.

JUAN. (Sin cesar de hacerle reverencias.) Disimule usted que lo haya hecho esperar en la antesala... Como no tenia el honor...

AMAD. Bien... bien...

JUAN. Si yo hubiera sabido... si yo hubiera pensado... ¡cómo era posible!...

AMAD. Basta... basta...

JUAN. Pero las órdenes de los amos... La señora es tan escrupulosa para esto de recibir visitas...

AMAD. (Con satisfaccion.) ¿Sí, eh?

JUAN. (Ponderando.) ¡Uff! ¡Lo mas escrupulosa... (Ap.) y lo mas fastidiosa!...

AMAD. (Muy satisfecho.) Tome usted para refrescar. (Le da una moneda.)

JUAN. (Inclinándose con gratitud.) ¡Oh! (Ap. al tacto.) ¡Cuatro duros! (Mirándola.) No: dos reales. Pero no importa; aseguré mi plaza. (Váse por el fondo.)

AMAD. (Solo.) Es escrupulosa... ¡Oh... Eulalia de mis pensamientos! ¡No en vano me fiaba á tu virtud! Esta nueva prueba de tu constancia y de tu fidelidad... ¡Siento una emocion!... Es particular. Á medida que me iba aproximando á su morada, mi corazon palpitaba con una violencia...—¡Ay, Eulalia! Te traigo de la India un corazon... indio; indio en emociones, indio en pasion. Ya

me figuro verla con aquella mirada tan melancólica... aquella boca bordada de perlas... aquel aire majestuoso y poético á la vez. (Se sienta. Eulalia aparece. Ha añadido á su tocado un adorno de cabeza, de cintas de colores y plumas, que sea exagerado, pero no en extremo ridículo, y una especie de chal ó tira de gasa color de caña á la cintura.)

ESCENA XI.

AMADEO y EULALIA.

EUL. (Llamando.) ¡Lola!

AMAD. (Sin levantarse, la mira sin reconocerla.) ¿Eh?. .

EUL. (Reparando en él, sin reconocerlo. Ap.) ¡Calle!

AMAD. (Ap.) ¿Quién será esta madona? (Se levanta.)

EUL. (Ap.) Tal vez algun recomendado... (Lo saluda.)

AMAD. (Ap.) ¡Ya caigo! El ama de llaves de mi Eulalia. ¡Cómo ha cambiado! (Alto.) ¿Es á la respetable doña Benita Capalca á quien tengo el honor?...

EUL. (Ofendida.) ¡Doña Benita!.. (Ap.) ¡Este hombre está loco! (Alto.) ¡Cómo, caballero! ¿Me toma usted por una mujer que habia pasado los sesenta y que ha muerto hace veinte años?

AMAD. ¡Oh! perdone usted, señora: hace tanto tiempo que falto de Madrid...

EUL. ¿Habrá usted llegado tal vez con don Amadeo?

AMAD. ¿Eh?... Sí, eso es: he llegado...

EUL. ¡Con Amadeo! (Con interés y ternura.)

AMAD. ¿Con?... (Ap.) ¡Vaya una familiaridad!

EUL. ¿Es usted amigo suyo?

AMAD. Intimo... inseparable.

EUL. ¿Y le ha dicho á usted que viniese á esperarlo?... ¿Tardará mucho?

AMAD. Ya hace rato que está aquí.

EUL. ¡Cielos! ¿Y dónde. . dónde?... (Vá hácia el fondo.)

AMAD. (Ap.) ¿Vaya una vieja preguntona! Pero Eulalia que no sale... (Isabel, acompañada de Lola, aparece en este momento en la puerta de la izquierda. Félix y Perico en la de la derecha.)

ESCENA XII.

DICHOS, ISABEL, LOLA, FÉLIX y PERICO.

AMAD. (Al ver á Isabel.) ¡Oh! ¡Es ella!

EUL. (Al ver á Félix.) ¡Es él!

AMAD. (Yendo á Isabel con los brazos abiertos.) ¡Eulalia!

EUL. (Id. á D. Félix.) ¡Amadeo!

PERICO. ¡Misericordia!

EUL. (Contemplando á Félix con entusiasmo.) ¡Como siempre... como siempre!

AMAD. (Contemplando á Isabel con entusiasmo.) ¡Mas que nunca .. mas que nunca!

ISAB. (Aturdida.) ¡Caballero!...

PERICO. (Ap.) ¡No hay quien los amarre!

FELIX. (Á Eulalia, sin comprender.) ¡Señora!...

AMAD. (Casi de rodillas delante de Isabel.) ¡Divina!... ¡Celestial!..

EUL. (Que lo ve, pasa entre él é Isabel y vuelve al lado de D. Félix. Este movimiento con suma viveza. Á Amadeo.) ¡Quítese usted de en medio! (Á Félix con pasion.) ¡Frescote! ¡Incomparable!

AMAD. (Que la ve, pasa entre ella y su hijo y vuelve á quererse arrodillar á los pies de Isabel. Á Doña Eulalia.) ¡Me lo quiere usted seducir! (Vuelve al lado de Isabel. Perico pasa por entre los dos y lo contiene.)

PERICO. ¡Señor, que no es ella!

LOLA. (Se ha cruzado con Amadeo cuando este vuelve al lado de Isabel y ha ido á interponerse entre Eulalia y Félix.) ¡Que se equivoca usted!

AMAD. (Á Perico.) } ¿Cómo?
EUL. (Á Lola.) }

PERICO. (Á Amadeo, señalando á Doña Eulalia.) Aquella es doña Eulalia.

AMAD. ¡San Eustaquio! (Queda inmóvil.)

LOLA. (Á Eulalia señalando á D. Amadeo.) Allí tiene usted á su futuro.

EUL. ¡Santa Filomena! (Pausa.)

AMAD. (De pronto, dándole un empellon á Perico.) ¡Quítate de mi vista!

EUL. (Á Lola.) ¡Eres una desvergonzada!... (Amadeo y Eulalia se miran al mismo tiempo y vuelven la cara con horror.)

AMAD.
EUL. } ¡Uf!

AMAD. (Cayendo en una butaca.) ¡Mas me hubiera valido ahogarme!

EUL. (Id.) ¡Por qué no sucumbí en mi primer sarampion!

AMAD. ¡Yo pido que me fusilen!

EUL. ¡No quiero ver á nadie!

PERICO. (Ap.) ¡Á que se arañan! (Amadeo y Eulalia se han levantado al mismo tiempo (despues de sus últimas palabras), y se pasean con agitacion: á la segunda vuelta se encuentran cara á cara, se detienen y se miran con estupefaccion. Momentos de silencio.)

AMAD. (Despues de haber hecho aparte un gesto de repugnancia.) ¡Conque... es usted... Eulalia!...

EUL. ¡Conque... es usted... Amadeo!

AMAD. (Ap.) ¡Si puede ser mi madre!

EUL. (Ap.) ¡Parece que tiene ochenta años!

PERICO. (Bajo á los otros personajes que se hallan reunidos en el fondo.) Todavia no se quieren convencer de que son viejos...

AMAD. (Ap.) Pero señor, ¡es posible
que tanta gracia y pureza,
en un fenómeno horrible
trueque así naturaleza!

EUL. Es posible ¡cielo santo!
que aquel galan seductor...
que el hombre que yo amé tanto,
hoy me inspire tanto horror. (Vuelven á mirarse.)
¿Y cómo me explica usté
las cartas que me escribia?
¡Sus juramentos de fé,
sus promesas! ¡oh! ¡falsía!

AMAD. Cierto que habia jurado
sus gracias siempre adorar,

mas... ¿por qué usted ha cambiado
si me juró no cambiar?

PERICO. (Que despues de haber hablado con los otros personajes del fondo, y haberles asegurado que él calmará la contienda, ha ido bajando lentamente, y mete la cabeza por entre Eulalia y Amadeo, en el momento en que este termina su último verso.)

Con licencia.—Ustés perdonen,
si meto aquí las narises,
pero tan serios se ponen
con que si dises... y dises...
que, la verdá, no es rason
que se alargue la contienda,
cuando pa su conclusion
está el remedio en la tienda.

(Los dos se miran con alguna sorpresa. Perico, que se halla ya colocado en medio de los dos, toma el ademan y entonacion del que va á referir un suceso.)

Un pastor que habia cresio
en el monte á la luz clara
jamás se le habia ocurrio
mirarse una ves la cara.
Pasaban años... y él
firme como un marmolillo,
á sus ilusiones fiel....
Enteramente un chiquillo.
Así llegó á los setenta.
Mas cata que el pobre viejo,
descansando en una venta,
encuentra un cacho de espejo.
¡Se mira!... ¡Primera ves
que la cara se veia!
De la infancia á la vejes,
pasó el pastor en un dia.

EUL. (Suspirando.) ¡Ay!

AMAD. (Con desconsuelo.) ¡Perico!...

PERICO. (Señalando al espejo que hay á la izquierda.) ¡Valiente cacho

de luna para mirarse de cuerpo entero! (Los dos se miran al espejo por un movimiento instintivo y sin pensar en ello. Momentos de silencio.)

AMAD. (Que ocupa la izquierda, volviéndose lentamente á Eulalia, con aire contrito.) ¡Eulalia!...

EUL. ¡Amadeo!...

PERICO. (Cogiéndole á cada uno una mano.) ¡San se acabó! Dios se acuerda de sus hijos, y ya que no puedan ustés ser mario y mujer... (Recalcando.) porque no puede ser... sean ustés dos camaraillas de peine, por *secula seculorum.* (Hace que se den las manos.)

AMAD. (Casi enternecido.) ¡Amen!

EUL. ¡Adios, nuestros ensueños de felicidad! ¡Cuarenta años de correspondencia, para acabar en esto!

PERICO. Desengáñese usté: el papel es un embustero, la cara es la que dice siempre la verdá.

EUL. ¿Pues usted no me aseguraba hace poco?...

PERICO. Yo hablaba por boca del amo... y porque esa es la moda en Vitigudino. (Para sí.) ¡Por vida de los cuellos!

EUL. (Á Amadeo.) Y lo peor no es eso; sino que hay que renunciar tambien al proyecto de enlazar nuestros hijos. (Perico hace señas á Isabel y á Félix para que se acerquen.)

AMAD. Con efecto el mio se opone abiertamente.

FELIX. Le diré á usted... aun puede eso arreglarse...

EUL. Isabel no quiere ni oir hablar de semejante union.

ISAB. Yo me conformo á la voluntad de usted.

EUL. ¡Eh! (Sorprendida.)

AMAD. Estos se han entendido.

PERICO. ¡Aleluya! (Pasando el brazo de Lola por el suyo.) Y nosotros tambien.

EUL. ¿Cómo?

AMAD. ¡Misericordia!

EUL. Es decir que todos aquí se casan...

AMAD. Menos nosotros. ¡Perdimos la ocasion hace cuarenta años, y la ocasion es calva!

PERICO. (Ap. y confidencialmente al público.) Como él.

AMAD. (Llamándole.) ¡Perico!
PERICO. (Ap. al público.)
¡Ay San Antonio
la que me espera! Me ha oido,
señores... por compasion
aplaudan... metan ruido...
(En voz alta y mirando al telon.)
¡Maquinistas!... ¡el telon!
(Cae rápidamente.)

FIN DE LA COMEDIA.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 25 *de Noviembre de* 1858.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.